

JUEVES 16 DE NOVIEMBRE DE 2000
PRESIDENCIA DEL SEÑOR VALENTÍN PANIAGUA CORAZAO



Señores Congresistas: En ésta que seguramente es la hora estelar de mi vida, creo que tengo la obligación de transmitir algunas reflexiones que las circunstancias aconsejan.

En primer término, quisiera hacer recuerdo de mi lugar nativo, el Cuzco inmortal, que por primera vez me trajo a este Congreso cuando era un joven que anhelaba, como seguramente muchos de los que hoy ocupan los escaños de este recinto, construir una democracia sólida y longeva para bienestar de todos los peruanos.

Han pasado muchos años desde ese entonces, pero no se ha apagado la ilusión; ha habido en el camino fracasos y tropiezos, pero sigue viva la llama y la esperanza de lograr, por fin, que en este país haya un camino de libertad que permita a todos los peruanos construir su bienestar en una sociedad justa.

Creo por eso, mirando el pasado desde la perspectiva que dan los años, que ese esfuerzo no fue inútil; y quiero decirles, sobre todo a los jóvenes Representantes aquí presentes, que jamás deserten de su responsabilidad de defender siempre la libertad y la democracia.

No quiero abusar de la generosidad de los grupos democráticos de oposición que con tanta nobleza me han brindado su respaldo y han contribuido a mi elección esta tarde; pero no podría dejar de recordar en este escenario la figura de Fernando Belaúnde Terry, cuya devoción por la libertad y la democracia ha sido y es un magisterio permanente para el pueblo del Perú.

Permítanme ahora transmitirles unas reflexiones que creo pertinentes en esta hora difícilísima que vive el Perú.

El voto plural y generoso del Congreso ha querido exaltarme a este cargo, que asumo con la humildad con que tiene que hacerlo quien es consciente de sus limitaciones, del inmenso reto histórico que el momento entraña y del mandato expreso e implícito del voto de la oposición democrática, cuyo respaldo agradezco con el mayor y más profundo reconocimiento personal.

El Perú padece una severa crisis derivada de una gravísima falta de gobernabilidad y credibilidad en todas o casi todas sus instituciones. A ella se añade de una angustiante coyuntura económica y social y un severo deterioro de las bases éticas de la República, por obra de la corrupción que el Perú enfrenta y condena y anhela castigar con toda la severidad que nuestras leyes permiten.

Este cuadro, que desde luego resulta abrumador, no justifica pesimismo alguno. La Patria, que está por encima y más allá de cualesquiera contingencias, conserva intactas sus reservas morales y se expresa, ahora, en un ansia inequívoca de cambio. El Congreso no ha sido ni debe ser la excepción. El acto democrático al que hemos asistido hoy es una apuesta firme y resuelta por la recuperación ética y el saneamiento institucional del país. Y, por eso mismo, saludo a mi ilustre contendor, el doctor Ricardo Marcenaro, y a quienes lo han respaldado en esta limpia competencia democrática.

Sé que a ellos los alienta también el mismo espíritu que ha animado a las fuerzas y movimientos de la oposición democrática.

Por eso, porque sé que alentamos las mismas aspiraciones patrióticas, quiero convocar a todos para emprender la tarea común que hoy el pueblo nos está reclamando. A todos quisiera decirles que es posible un tiempo nuevo y que, detrás de las pasiones que ahora agitan a vastos sectores del país, hay un reclamo perentorio de justicia, verdad y unión para hacer del Perú un hogar cálido en el que todos los peruanos podamos vivir con dignidad. Sé que es muy breve el tiempo de nuestro mandato y no ignoro, además, que debemos acometer nuestra tarea en medio de la tempestad.

No permitamos, pues, que las pasiones de circunstancia nos cieguen y nos alejen de ese objetivo. Construyamos en medio del turbión de esta crisis y emprendamos, juntos, la responsabilidad de redemocratizar al país, de reconciliar a nuestro pueblo con sus instituciones y, de modo especial, con el Congreso, así como de abrir el camino a un proceso electoral libre y democrático, que devuelva al pueblo su genuino derecho a gobernarse por obra de su voluntad y a emanciparse de cualquier tutela o vigilancia que no sea la de su propia soberanía expresada libremente en las urnas.

Reconociendo la legitimidad de nuestras diferencias políticas, recuperemos para este Poder, que es el primero del Estado, la plenitud de sus atribuciones constitucionales, legislando con acierto, fiscalizando con severidad y oportunidad y recuperando el valor del diálogo como símbolo y mecanismo sustantivo de nuestras decisiones. Si así lo hacemos, no dudo de que la historia jamás olvidará nuestro empeño y que el pueblo, ansioso y a veces impaciente por el cambio, sentirá que, cuando menos, iniciamos el largo y difícil proceso de redemocratización del Perú.

Deseo, por fin, que todos sepan que trataré de ser equitativo e imparcial y que esta Presidencia, nacida del consenso, buscará siempre el diálogo y la concertación.

Espero que con la ayuda del Altísimo pueda cumplir mi responsabilidad, y no dudo de que ustedes, señores congresistas, que son genuinos patriotas,

cumplirán con la suya, y así honraremos la confianza que el pueblo generosamente depositó en nosotros.

Muchas gracias.